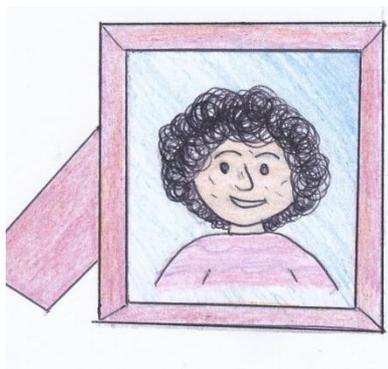


# Susurros a la luna

**Autor: Luna Ilena**

Abrí el diccionario por donde el marca páginas indicaba y volví a leer otra vez aquella horrible definición que ya me sabía de memoria.

**Alzhéimer:** *s.m. enfermedad mental que afecta al cerebro, ocasionando pérdidas de memoria y desorientación.*



Luego, dejé el tomo en la mesilla, junto a una foto suya, de mi abuela. Me dirigí a la ventana, donde Melchor, mi gato, me esperaba subido en la repisa. La luna, en su mayor estado nos hacía sentir impotentes. Ella tan grande, y nosotros sin nada que poder hacer. Deseé con todas mis fuerzas que mi abuela se recuperara, aunque sabía que las cosas no funcionaban así. Ninguna de las estrellas, ni siquiera

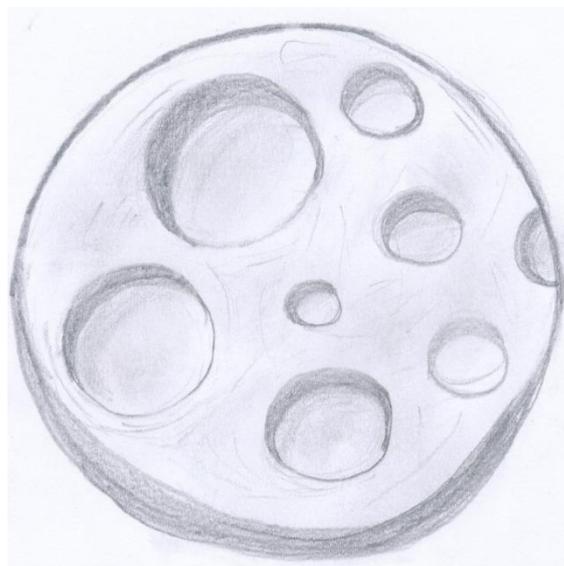
la luna, podía parar esta enfermedad.

Mientras yo seguía pensando, alguien llamó a la puerta. Como yo ya había supuesto, era mi madre que pasó a mi habitación sin esperar ninguna respuesta.

-Mencia, cariño, ¿podemos hablar?

-¿Qué pasa?

-Ha llamado tu profesora. Dice que tus notas están bajando mucho y que en clase no prestas atención, que siempre estás en las nubes...



Yo ya sabía que a continuación venía el rollo de siempre, de <<tu abuela está enferma, y sé que es muy duro para ti, pero ya tienes doce años y no puedes dejar los estudios de lado...bla...bla...bla...bla...>>

Y otra vez, no me equivocaba.

Cuando por fin se fue, me tumbé en mi cama y lloré hasta que me quedé dormida.

Esa noche, soñé con mi abuela. Las dos estábamos sentados en un banco, solo que yo tendría dos o tres años menos, y mi abuela no estaba enferma.

Yo parecía asustada, y la abuela lo notaba, por eso se acercaba y me decía al oído:

-Si alguna vez estas perdida,-hacía una pequeña pausa para luego decir – susúrrale tus secretos a la luna...

Maldita luna.

\* \* \* \*

Mamá me despertó y me dijo que me vistiera, que íbamos a visitar a la abuela.

No me gusta visitarla desde que está enferma. Está ingresada en un centro especial (así es como lo llaman papá y mamá), y no recuerda nuestros nombres.

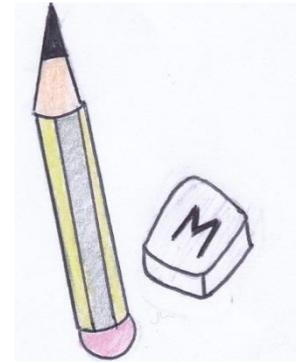
El viaje en coche es silencioso e incómodo, pero cuando llegamos allí es mucho peor. Todo está lleno de personas con batas blancas, que acompañan a débiles ancianos por los pasillos.

Cuando por fin llegamos a la habitación de la abuela la acompañamos hasta el jardín de la clínica, donde damos un paseo. No me atrevo a mirarla a los ojos hasta que es hora de irse. Entonces veo ese antiguo brillo suyo, de la persona inteligente y dulce que antes era. Esa sensación se desvanece al instante, pero es en lo único que pienso en el camino de vuelta, que se me hace interminable.

Cuando llegamos a casa hago los deberes, con la presión constante de mamá, que se ha propuesto que mejore mi “rendimiento escolar”.

Mi amiga Ana me llama para hablar de cosas sin importancia, como de lo horrible que es nuestra profesora de este año o del chico que le gusta.

No presto atención a nada de lo que me dice, pero me viene bien despejarme un poco después de la incómoda visita a la abuela.



Mi abuela murió pocas semanas después, por un infarto. Al parecer también tenía problemas de corazón, cosa que nadie se había molestado en contarme.



El funeral es horrible. La gente me dice cosas como “era muy mayor” o “ahora está el cielo”, lo que solo hace que me sienta aún peor. Todos lloran por la muerte de mi abuela, y yo también lloro, pero porque no pudo pasar felices sus últimos días por culpa del alzhéimer.



\* \* \* \*

25 años después entro en mi casa y me quito el abrigo. Hoy la luna está llena.

No soy científica ni he descubierto una cura para el alzhéimer.

No soy astronauta ni he ido a la luna.

No.

Tengo un trabajo cualquiera. Vivo en una casa cualquiera, con una familia cualquiera. En una vida cualquiera. Solo hay una cosa que me hace diferente.

Mi historia.

Muchos piensan que eso es algo insignificante, pero es mi mejor arma para ablandar y concienciar corazones.

Eso me lo enseñó la luna.

**FIN**